

EL ABRAZO A LOS SOLDADOS

Por

Alvaro DEL POZO Concha

Capitán de navío (R).

Brillaban aún las guirnaldas de luces que otrora engalanaran una fresca rama de pino o un humilde pesebre, ahora entre hojas mustias abatidas por inclementes temperaturas, pero siempre aseverando la entrañable unión familiar, tan gratamente exteriorizada en el atardecer navideño.

Los niños, frente a la pantalla de su Motorola, iban repitiendo aquella noche del 31 de diciembre, las frases del locutor con que minuto a minuto señalaba la agonía de un año para dar paso al nacer de nuevas esperanzas.

El abuelo cabizbajo desde un mullido sillón, recordaba las frases recién leídas, con que su hijo distante llenara la tarjeta de Pascua enviada a un amigo, para rogarle cuidara a su viejo que lo sabía enfermo. . . Su mujer, con la frente rozando los cristales, oteaba en la amplitud del cielo, el arranque fugaz de algún aerolito que cruzando las alturas le trajera un halo de esperanza y la conformidad necesaria por aquel abrazo frustrado que quedaría sin darse, cuando las manecillas del reloj se apretujaran para señalar juntas el advenimiento del Nuevo Año.

¡Por fin sonaron las doce. . .! Leales tintineos de un antiguo reloj, que, como ser viviente, constituye parte de la propia familia, simbolizaron el tañer cansado de un campanario distante. La algazara del living no permitió verificar la hora; hubo carreras de niños, abrazos de

viejos y reír de jóvenes. . . La mesa todavía mostraba, como mudo testigo, el pasar de una cena que no se consumió por completo.

Es posible que la mayoría de los hogares apuraran sus comidas para permitir a los invitados retirarse a sus casas poco después de medianoche o poco antes del Toque de Queda.

En esos momentos salí con mi mujer recorriendo en el auto las largas cuadras que separan nuestra casa de la de los nietos. Una luz roja que se me interpuso desde un semáforo de la Avenida Manquehue, me obligó a aplicar los frenos. Frente a los haces que proyectaban los focos, observé el cruce de un cadete naval acompañado de tres jovencitas, cuyos cortos años las ubicaban apenas asomadas al umbral de la mujer. Con pasos resueltos se encaminaban hacia la patrulla de soldados vigilantes de la esquina. El cadete, de impecable chaqueta blanca, abrazó efusivamente a los que formaban aquel sobrio grupo de uniformes guerreros; tras él, imitaron el saludo sus acompañantes con un beso en la mejilla de cada soldado, los que recibían el cariñoso saludo descolgando su arma del hombro para hacer posible esta expresión de afecto y entusiasmo.

La luz verde del tráfico me obligó a seguir la marcha, pero me quedé pensando en aquella manifestación espontánea, sincera y maravillosa de la juventud chi-

lena a los soldados de mi patria, guardadores del orden y avales permanentes de nuestra tranquilidad y seguro bienestar.

Una vez más la juventud chilena me produjo una inmensa admiración y profunda gratitud; nuevamente fueron ellos los que en forma genuina expusieron el sentir de nuestra tierra.

Al abandonar el punto de parada no pude dejar de valerme del espejo retrovisor del parabrisas... La patrulla reiniciaba silente, pero con natural orgullo, la ronda que le imponía el cumplimiento del deber; el grupo de juveniles almas continuó su peregrinar en aquella noche feliz de un Año Nuevo.

